

MUJER EN SILENCIO

1910

SANDRA CRUZ-PEÑA



EDICIONES UNIVERSITARIAS DE VALPARAÍSO

© Sandra Cruz-Peña, 2011
Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 125.729
ISBN: 978-956-17-0486-2

Derechos reservados. Prohibida su reproducción
Primera edición de 300 ejemplares

Imagen de portada: Dibujo de la autora

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 187, Valparaíso
Teléfono (56-32) 227 3087 / Fax (56-32) 227 3429
Correo electrónico: euvs@ucv.cl
www.euv.cl

Diseño Gráfico: Guido Olivares S.
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.
Asistente de Diagramación: Alejandra Larraín R.
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Impresión: Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

AGRADECIMIENTOS

A mi madre: Mi astrolabio

A mi hija: Mi fuente de inspiración

*Dedicado a Orlando Rojas Segalerva,
y a todos mis narradores orales que
hicieron posible que sus historias
verídicas se plasmaran en esta novela*

VALPARAÍSO. CASABLANCA 1910

Matilde Vera Gamboa caminó hasta el estero que serpenteando llegaba hasta el pueblo, pasando bajo el puente de Las Cimbras. Llevaba consigo una frazada en un fuentón, aparentando que iba a lavar ropa. Era una muchacha desconfiada y extrañamente audaz, necesitaba cerciorarse si los hombres que habían seguido sigilosamente a su novio y a su hermano hasta su rancho, andaban por esos lados, miró con atención, escudriñó el paisaje, se agazapó entre la hierba, de allí revisó con cuidado hasta el más mínimo movimiento en el camino y en las lomas, durante todo este tiempo nadie caminó por esos caminos. El silencio del mediodía, el calor estático del verano, los caminos solitarios, polvorientos, envueltos en porfiado color sepia, le permitían observar con detención ramas y arbustos. Después de estar segura que nada extraño sucedía, se devolvió confiada a su rancho.

Al llegar a la puerta miró hacia adentro, se afirmó en el dintel y de su cadera cayó el fuentón. Su sombra huyó despavorida y con los ojos desorbitados su cuerpo se deslizó hasta el suelo, quedando de rodillas, abrió la boca para gritar, se llevó las manos al cuello, pero ningún sonido salió de su garganta. Transformada en un segundo en estatua cetrina su alma salió del lugar volando hacia los cerros y volvió con el sonido de sus rodillas contra el suelo. Su rancho se había transformado en un sitio de horror que jamás su mente hubiera imaginado, no podía creer lo que sus ojos veían, el mismo averno había irrumpido en gloria y majestad en medio de la inmutabilidad del silencio; iluminados tristemente por algunas brasas de carbón que aún ardían en el fogón, aquellos seres que ella más amaba yacían en el suelo,

maniqués desarticulados, muñecos abandonados cubiertos de sangre oscura y gelatinosa que se extendía por la tierra que hacía de piso.

En un segundo y suspendidas en el aire, quedaron las cáscaras doradas de las cebollas, los enmudecidos trastos de la cocina, una silla y un sombrero agazapados en el suelo huyendo de la violencia, el retrato del corazón de Jesús inclinado con una gran abertura en el centro del pecho permitía entrar la luz del mediodía al traspasar los junquillos de la muralla.

Ingresó al cuarto en penumbras intentando asirse a una silla o a la mesa para no perder otra vez el equilibrio, tomó la mano aún tibia de su madre, le habló despacito, como queriéndola despertar del sueño profundo que no tiene retorno; miró hacia el lado, espantada vio el rostro desfigurado de su hermano, máscara informe con su ojo opalescente oscurecido de rojo; su padre derribado en un rincón del suelo, el rostro amarillo vela de sebo, la boca abierta guardaba un grito no gritado en unos labios transparentes; se acercó, le acarició los cabellos e intentó balbucear un “taitita”, pero ningún sonido salió de su boca, con el espanto atávico que se genera en las entrañas, se acercó a su novio y al amigo de su hermano estirado en la tierra, ambos tenían manchado el poncho con un color oscuro; nunca había visto un muerto, tampoco sangre humana, su novio tenía los ojos inmensamente abiertos como si quisiese decir algo, lo observó buscando una respuesta, y esos ojos vacíos, perdidos en la nada, no la miraron; al amigo que venía con su hermano, el brazo le cubría el rostro cubriéndolo del espanto.

Se dejó caer, entorpecida, en una banca, su mente nublada intentaba dar razones a esta escena macabra, en medio del silencio que dejó la muerte. Puede escuchar su corazón latiendo como potro desbocado, intenta sacar la respiración, pero no hay aire para su cuerpo evanescido por el dolor. Observó sus manos manchadas de sangre y vinieron a su mente los ñachis de cordero, la sangre humana era igual de pegajosa, untuosa, aglutinante, una sensación nauseabunda recorrió sus vísceras, se deslizó por su estómago y se alojó en su garganta, su cabeza pareció que en ese instante iba a estallar en mil fuegos volcánicos; se limpió como pudo las manos en la

falda de cretona azul. Afuera el calor rebotaba en la tierra, resquebrajaba las piedras, paralizaba el paisaje, enmudecía las sombras, y en su cuerpo, el frío calaba hasta los huesos.

Debía ordenar sus ideas, así decía su hermano cada vez que examinaba los papeles que traía del pueblo. ¿Cómo se ordenan las ideas en medio de esta escena paroxística? Tenía que intentar, debía hacerlo, sacar fuerzas de su interior, pensar, calmarse, respirar profundo, quizás gritar, mas, no podía. Tenía la boca seca, su cuerpo no obedecía a la mente, miró sus manos, dos mariposas sobre las rodillas, un sudor frío le recorrió la espalda lamiendo los hombros, reptando por su nuca. Levantó el rostro hacia el techo de paja y se ordenó a sí misma, tranquilizarse de una vez, sus mandíbulas estaban trabadas, los músculos de las piernas endurecidos, respiraba apresurada al filo de una carrera desbocada por la angustia, se enterró las uñas de las manos en los muslos para calmarse, y aún así su cuerpo no dejaba de temblar, su mente era un torbellino de ideas inconexas. ¿Qué había sucedido allí? ¿Quiénes pudieron matar a los suyos sin piedad? Todavía temblorosa, con cada parte de su cuerpo mandándose sola, se incorporó con dificultad, se asomó a la puerta, miró hacia todos lados, pero no vio a nadie cerca, volvió a entrar y se sentó en el suelo al lado de su madre, le acarició el rostro sintiendo que ese contacto la tranquilizaría, los temblores terminaron, podía respirar mejor, en suma estaba serenándose. Era verdad, entonces, que a su hermano y a su amigo unos hombres los venían siguiendo. Pero, ¿quiénes? ellos no lo sabían, entonces, ¿cómo podría saberlo ella? Un torrente de preguntas y recriminaciones venía a su mente sin orden alguna. ¿Por qué no estuvo allí en ese momento? Si no hubiera ido al estero no estaría desgarrada por la impotencia, estaría allí junto a ellos viajando con la muerte.

El silencio mental al que obliga el desamparo y la confusión hacen saltar chispazos de ideas desde lo irrelevante a lo brutal de los hechos, se hace preguntas que no tienen respuestas y respuestas lógicas que no quiere asimilar. ¿Cómo no los vio? ¿Ella que era experta con sus ojos? Quizás siempre estuvieron allí frente a sus narices. Quizás vinieron por el camino Del Caballo,

por esa razón no los pudo divisar. ¡Debería haber caminado un poco más! Comprendió que no podía permanecer en su rancho, era peligroso para ella; también para otros, pero dejar abandonada a su familia, eso era impensable, necesitaba de alguien que la ayudara a darles un entierro como se debe, pues ningún muerto puede quedar sin ser sepultado, había que devolverlos a la tierra. “Polvo eres y en polvo te convertirás”, este era un acto riesgoso pero imprescindible. Salió a paso rápido camino a la rancha vecina en busca de ayuda, quedaba lejos, pero no tenía a nadie cerca para pedir auxilio. No tuvo necesidad de caminar mucho, encontró a su vecino que poncho al hombro iba camino al pueblo confundido con el paisaje de yuyos, el poncho café, y su sombrero cónico de ala corta. Con la respiración entrecortada le contó su desgracia como quien dicta un telegrama, el hombre primero se quedó mudo de asombro, miró hacia todos lados con desconfianza y reaccionó con compasión por esta muchacha a la que conocía desde que nació. Doliente la tomó del brazo y le dijo que lo mejor era ir hasta el pueblo, contar a la policía lo que había pasado, no fuera a ser que pensarán que ella lo hizo en un arranque de locura. Siempre se había comentado que las personas cometen actos de locura ya sea por celos o a causa de la chicha que se les iba a la cabeza.

Matilde no lo meditó y aceptó ir a la policía con su vecino, ambos partieron caminando rápido y en silencio hacia el pueblo. Jadeantes y sudorosos llegaron al cuartel, un pequeño recinto oscuro, helado, con olor a orines al cual la vista costó acostumbrarse, al parecer había más personas allí en otras habitaciones, se escuchaban conversaciones y los gritos de un borracho que pedía clemencia a través de los vapores del vino. El único policía que estaba en su escritorio los hizo sentar, sin mirarlos siquiera les preguntó los nombres y les pidió que dijeran a qué venían, allí entre ambos contaron con palabras desordenadas lo que acontecía. El policía, se paró de su asiento con actitud prepotente, entró en uno de los cuartos, volvió con dos policías a los cuales les habló en susurros, al cabo de algunos momentos, ordenó a todo pulmón, que todos partieran al lugar de los hechos junto a

los testigos. Los funcionarios montados a caballo les hicieron el favor de llevarlos al anca hasta el rancho.

Al llegar, ellos recorrieron con la vista la escena fantasmagórica, diciendo a coro y sin dudar: Estos fueron los bandoleros.

Pero ella sabía bien que no habían sido los cuatreros de siempre, esos que últimamente habían asolado Casablanca. Suponía que aquello que su familia tanto temía había llegado en forma de muerte y dolor. Los policías le hacían muchas preguntas que ella no contestó, sin embargo, para estos oficiales lo más importante era saber porqué el hijo de don Roberto Ansinovic estaba entre los muertos, a lo que ella contestó sin dudar:

- No lo conozco, no sé quién es.

Las acciones restantes fueron confusas y dolorosas; los policías junto con el campesino cavaron una gran tumba, depositaron allí los cadáveres apilados unos sobre otros, contándose su historia hasta el fin de los tiempos. Los cubrieron con tierra, mientras ella permanecía en el centro del patio, inmóvil, petrificada, los pies adheridos a la tierra como un arbusto más, la vista perdida en el horizonte. Estaba allí, pero no quería ver ni quería escuchar el sonido de las palas contra la tierra dura y enripiada.

Un policía dijo con voz ronca - A don Roberto le llevaremos el cuerpo de su hijo... será algo muy difícil de explicar, pero él verá qué hace, nosotros cumpliremos con nuestro deber. Si usted señorita no sabe nada, nosotros menos. Quédese tranquila, pero le recomendamos que no salga de aquí, nosotros vamos a investigar. Espere, la citaremos a declarar.

Atravesado sobre el lomo del caballo los policías acomodaron el cuerpo sin vida del hijo de don Roberto y partieron con su carga mortuoria.

El suelo de tierra del rancho quedó mojado; entre todos los hombres habían lavado con agua para limpiar la sangre. El vecino salió al patio, cogió unas tablas de un rincón, fabricó una cruz, la enterró señalando la tumba y se fue silencioso, con el ceño fruncido sin mirar siquiera a la muchacha. El

hombre pensó que por ayudarla y haber sido considerado con ella, estaba envuelto en un grave problema; que sus vecinos hayan muerto era una cosa, pero que el hijo del dueño del fundo, quizás dueño de ese mismo predio donde ellos vivían también estuviera muerto, era otra cosa, algo que este hombre presentía como muy grave. Mientras caminaba de vuelta a su rancho pensaba que no podía contarle esto a su familia, pues todos pensarían que los llevarían presos por algo que ellos no sabían y esto, que era un problema quizás de bandoleros, si la policía no encontraban a los culpables, serían ellos quienes acarrearían con las culpas. Siempre pasaba lo mismo, tenía que haber algún culpable, eso lo hacía caminar pateando las piedras y pensando en el maldito momento en que esta muchacha se le fue a cruzar por el camino.

En su rancho, Matilde quedó sola, sentada en una banca, enjaulada en su dolor. La rancha en corto momento se llenó de moscas que susurraban un coro monótono y discordante atraído por el olor metálico de la sangre, pero ella no las oía ni las veía. Ansiaba razonar, pero su angustia era tan inmensa que las ideas saltaban de aquí para allá sin coherencia alguna. Paulatinamente y a pasos cortos, sus pensamientos fueron convergiendo en un solo propósito. Al pasar las horas se levantó con dificultad, como si llevara un bulto en la espalda, las piernas apenas las podía mover, el cuello le crujió como paja, levantó la cabeza y apretó los puños. La decisión estaba tomada, debía partir, debía salir cuanto antes de allí, no exponerse a los interrogatorios ni a las investigaciones de la policía, la vendrían a buscar para hacerle preguntas que no debía contestar. Era momento de abandonar el rancho y dejar en su tumba a quienes más quería: su padre, su madre, su hermano y al hombre que iba a ser su marido.

En un acto de empoderamiento desconocido en ella, propio de una mujer en crisis, comienza a desbordar entereza, valentía y coraje, decide con osadía que buscará a los responsables de este hecho sangriento. Efectuando un rito sacramental, llevó sus dedos a la boca haciendo el signo de la cruz, hizo el juramento solemne de encontrar a los asesinos, se los juró a los suyos allí

mismo, también se lo juró a sí misma.

Ella era una campesina a la cual jamás nadie le pidió opinión alguna, era una simple mujer; sin embargo, tenía conocimiento de todo lo que se debe saber en relación a los movimientos que se llevaban a cabo en su casa, y muchas otras cosas que al parecer solo algunas personas estaban enteradas, que ella conocía, y este era su punto de partida y fortaleza, era el momento en que debía demostrarse a sí misma de lo que realmente era capaz, de poner en marcha todo lo que había aprendido en estos últimos años. Atando cabos, según lo que su hermano había dicho horas antes, los hombres que hicieron esto eran afuerinos, los buscaría por cielo y tierra, así le costara la vida, de todos modos, sola y sin familia su vida no tenía ningún valor, el único objetivo que la supeditaba a seguir viviendo era encontrar, buscar y rastrear la huella de aquellos que tanto mal habían hecho. Debía guardar silencio, el silencio secreta los poderes, nadie ni nada le harían hablar sobre esto o acerca de lo que sabía, esta sería su mejor arma de defensa y se repite en silencio:

“Caracol, caracol, saca tus cachitos al sol”, eso será el día en que haya terminado lo que voy a empezar. Está decidido. Sí, su destino será Valparaíso, y su ocupación lo que salga, siempre que sea decente.

Esta mujer se ha convertido en una loba tras su presa, levantó el rostro, recorrió con la mirada la lóbrega, trasmutada y en este instante, desconocida habitación, sus ojos se oscurecieron y en un rictus de introspección, apretó los labios con determinación. Se había gestado en ella la venganza, se había parido a sí misma.

Del sencillo cajón de la ropa que guardaba para cuando tuviera su propia rancho, un baúl nuevo, perfumado con flores de manzanilla que auguraban promesas nuevas, ese, que le había confeccionado su padre con mucha dedicación y al que su madre llamaba orgullosamente “el cajón de la novia”, sacó el delantal blanco. Del suelo recogió el pañuelo de su novio Anselmo, el que se ponía al cuello cuando la venía a visitar, se lo pasó por

la mejilla en un humilde acto de amor; hizo un bulto con el delantal y puso allí el pañuelo. Volcó el agua de la olla sobre el fogón, el humo se batió violento entre sus cabellos, deslizándose por su rostro, mezclándose con el sudor helado de su frente. Buscó el peine de carey que su mamá usaba en el moño, aquel que algún orfebre caló delicada y finamente, el de color café, con manchitas amarillas y cinco dientes largos y curvos que tan bien afirmaban el moño, ese peine, el máspreciado bien de su madre no estaba por ningún lado, lo buscó por todos los rincones de la ranchar; movió con urgencias de parturienta todos los muebles, hurgó por los rincones, desafió a los trastos que volaron por los aires empujados por su angustia, al fin dándose por vencida supuso que el peine lo llevaba puesto su madre cuando la sepultaron, y este fue un dolor más que se sumó a los otros, hubiera querido tener esto con ella, algo material que la uniera a su querida mamaíta; era extraño, pues no podía recordar si su madre llevaba la trenza suelta o afirmada con el peine cuando la sepultaron, era como si una nube hubiera borrado este detalle; algo había ocurrido en su mente, algunos instantes vividos fueron eliminados de sí misma a jirones, al fin se rindió a la búsqueda, no podía perder más tiempo. Con agilidad extrajo del cajón de la ropa de la familia el rebozo, la falda negra y la blusa blanca que tenían para ocasiones especiales, se vistió como mejor pudo, no tenía otra ropa adecuada, era verano y el calor la sofocaba, debía conformarse con lo que tenía, se miró las manos y ya no temblaban, estaban firmes como rocas, se peinó, arregló su trenza mojóndose el cabello con el agua del jarrón del aparador que no tenía espejo, la afirmó con una cinta celeste al extremo; era su madre quien siempre la peinaba por las mañanas en la puerta de la ranchar sentada en un cajón, agradeció no tener el espejo, por primera vez no deseaba mirarse la cara; ella que siempre le había rogado a su papaíto que encargara un espejo a Valparaíso, para arreglarse y verse bonita cuando venía Anselmo a cortejarla, ahora menos mal que no tenía dónde mirarse. Estaba en conocimiento, que su madre guardaba en un tarrito junto al fogón algunos pesos de ahorros, los encontró, los guardó con cuidado en su corpiño, eran siete pesos, ese era todo su capital, se aseguró bien bajo el

brazo el delantal y el pañuelo, con un gesto de ironía tomó la herradura de la suerte que yacía tirada en el suelo y la acomodó en su clavo de la puerta de entrada, como signo hipócrita de estas desdichas. Echó a andar hacia el camino a paso rápido, no quiso mirar hacia atrás, una cuerda le ceñía la garganta y una plancha le apretaba el pecho. Rápida como el viento de invierno apuró sus pasos hacia su destino. Divisó una carreta de pasajeros y carga parada en dirección al puerto casi frente al sitio de su rancho, los bueyes eran color café y en la carreta dos hombres iban sentados; el carretonero fumaba como quien espera pasajero o encomienda. No lo pensó dos veces y corrió hacia ellos; al llegar se acercó mirando si alguien más venía, con un hilo de voz le preguntó al dueño de la carreta.

- ¿Va al puerto, caballero?

- Suba, señorita, su lugar está en mi carreta.

- ¿Cuánto cuesta el viaje?

Ella temía que el dinero no le alcanzara para pagar, nada sabía de precios, ni siquiera cuánto costaban las cosas o la cantidad de pesos que se necesitaba para dormir en algún lugar, todo esto era desconocido para ella, jamás fue a la feria del pueblo a comprar, ni menos había abordado una carreta para viajar.

- Suba no más, hoy no cobro por aquí, dijo el carretonero.

Se acomodó en un tablón que hacía de asiento frente a los dos hombres que estaban sentados uno al lado del otro. Agachó la cabeza, se pasó la mano por los ojos, y no estaban húmedos, entonces comprendió que se podía llorar sin lágrimas. Con la mano como garfio, aferrada a la baranda de la carreta, la pasajera Matilde Vera Gamboa mira pasar los árboles al compás del trote de los animales que levantan una nube de polvo gris mientras las piedras del camino hacen chirriar los ejes y saltar las tablas del piso de la carreta remeciendo a sus ocupantes y a la carga. Los dos hombres que lleva la carreta guardan silencio; el que está sentado en la tabla del frente fuma un

cigarrillo con fruición ascética, le observa los pies descalzos, anchos, con uñas largas, curvas y negras que apuntan hacia el suelo, el ala del sombrero no permite adivinar su rostro; a su lado, el campesino más gordo hace esfuerzos por mantenerse sentado en el asiento, lleva un poncho café del que cuelgan hilachas, telas de arañas de ropa vieja, tan vieja como sus años; la carga de frutas que llevan estos hombres a Valparaíso amenaza cada vez que salta la carreta con hacer rodar fuera de su lugar las bolsas de yute y las cajas con uvas negras. La espalda encorvada del carretero parece llevar un mundo de problemas a cuestas, pero aún así, con ojos avizores de ave carroñera trata de adivinar los baches de la huella. El camino pedregoso, los socavones desdibujados de tierra hace difícil su trabajo, de vez en cuando con un pañuelo sucio y arrugado se limpia los ojos. Los árboles de inmutable color café a causa del tierral se mimetizan con el camino de tierra, cada cierto trecho, se divisa un viñedo perfectamente alineado, o un manto de espigas doradas que quiebra la monotonía del paisaje.

Esta pasajera a la cual el sufrimiento ha lanzado a los brazos de la libertad no es libre, está atada al demonio de la ira. De niña le enseñaron que en el corazón habitaba el amor, pero ahora cree y siente que en su corazón se alberga la amargura y el dolor. La muerte, guadaña en mano cercenó sus sueños y desdeñó su humilde vida, y ella, desde el cristal trizado de su alma ahora agradece estar viva, solo pide un breve tiempo, solo el suficiente tiempo que media entre el propósito y la venganza. Sus enormes ojos negros están apisonados de terrores y de urgencias, parecen más oscuros por las pestañas largas, retintas que enmarcan un rostro ovalado de pómulos altos; el cabello sujeto por una trenza y la piel oscura denuncian el rigor del trabajo en el campo, pequeña, maciza, bien alimentada a punta de legumbres y cazuelas, es a sus veintitrés años una mujer fuerte. Su pollera negra recoge la tierra que lanzan las patas de los bueyes, tierra herrumbrosa que la envuelve, aprisiona, asfixia, convirtiéndola en parte del paisaje; esa falda parece lo que es, una falda recién sacada de un cajón donde algún día se guardó para mejores ocasiones, ahora se ve vieja, antigua, con un color

que quiere ser negro café; sobre sus hombros lleva el rebozo de lana lavado muchas veces. Con su mano aprieta el bulto de ropa sobre su pecho, como también los pesos que guarda en su corpiño, aferrándose a ellos ante un futuro incierto y desolador. Está transitando de una adversidad a otra sin respiro. Con voz de mando, el carretonero la saca desde lo más profundo de sus tormentos:

- ¡Oh! ¡Oh!

Es la parada obligada para hacer descansar a las bestias y darles de beber, bajar a los pasajeros y estibar la carga que con tantos embates ha salido de su lugar. Se baja con su pequeño bulto y espera ansiosa. Nunca ha viajado a Valparaíso, debe hacer lo que los otros hacen. El hombre del cigarrillo se acerca y le pregunta

- ¿A qué va a Valparaíso? señorita. Y no obtuvo respuesta.

Ella volvió la mirada hacia atrás, aún se divisaban algunos techos de adobe y paja del rancherío de Casablanca; allí quedaba su vida y recordó lo que decía su madre: *“Cuando partas de algún lado, no mires hacia atrás, trae mala suerte”*. Ese recuerdo la estremeció y enfiló su mirada hacia el camino por recorrer; las ojotas que llevaba podían dañarse al caminar por las piedras filudas, eran las únicas que poseía, además con ellas debía enfrentar la ciudad, entonces decidió quedarse quieta donde estaba mirando hacia el otro lado para evitar que el hombre le hiciera más preguntas. Por primera vez en su vida estaba sola, sin nadie en quién confiar, con su tormento envolviéndola entera como una mortaja, dolor que se desliza por su estómago, cuchillo candente, en un iterativo monólogo interior con sus demonios. La sensación de pérdida y duelo está vívida en todo su cuerpo, pero ella no es como esas madres que pierden un hijo y se sientan al lado del angelito con la resignación que otorga lo inevitable; no es así, no podrá ser nunca de este modo, porque el zarpazo del dolor la ha convertido en un perro hambriento que con la nariz dilatada va en busca de su presa. Petrificada mira a los bueyes que toman con avidez agua de unos baldes que le puso su dueño,

entre las babas se desliza el agua del balde que a grandes lengüetazos sorben las bestias con deleite gozoso, haciendo sentirla más infeliz por la sed que seca su boca y empergamina sus labios; no tuvo la precaución de traer agua consigo, no lo pensó siquiera, pero ahora esto se ha transformado en una necesidad, necesidad que no podrá satisfacer, por lo que debe concentrarse en otra cosa. Las bestias con su sed ya calmada hacen resonar sus tripas como si un torrente se hubiera repartido por sus entrañas, las orejas prestas a percibir cualquier ruido se enfocaban aquí y allá conforme el viento pasa por sus humanidades, ella los mira y piensa qué poco necesitan los animales para ser felices y sus pensamientos se centran en los siete pesos que lleva en su seno; podría haber vendido las gallinas para tener unos pesos más, pero no hubo tiempo. Su rancho estaba en un terreno que nunca supieron a quién pertenecía, siempre habían vivido allí, lo único que sabía era que el fundo de al lado se llamaba El Tapihue, que pertenecía a la familia Montt, un ex presidente de la República, había otro fundo, quizás era en el que ellos vivían, El Mirador del cual se decía que don Roberto Ansinovic era el dueño, pero a decir verdad nadie sabía bien a quién pertenecía, en todo caso de quién fuera el fundo era lo menos importante. Su padre en cuanto se puso de novio con su madre levantó la rancho con maderas, paja y adobillo, sujetando muy bien el techo con piedras para que no lo llevara el viento en invierno, lo levantó en el lugar que le pareció más bonito, poco a poco la fue agrandando con restos de maderas y calaminas que traía del pueblo; hizo una pirca alrededor y su madre plantó hortensias y rayitos de sol para que se viera bonita. Allí nacieron ella y su hermano en la payasa de sus padres ayudados por la comadrona del lugar, doña Auristela, mujer que sabía de nacimientos y muertes; atendía a las mujeres en sus trances de parto, conocía de los pujos y brebajes para parir sin problema, también sabía todo lo referente a los cuidados del recién nacido. Si algún niño moría, era ella quien tenía la sillita para sentarlo bien amarrado sobre una mesa, poseía las alitas de papel en tiritas para adornarlos, con la finalidad de hacerlos parecer angelitos prestos a ingresar a los cielos y de esta forma rendir los honores correspondientes a un habitante más de la corte celestial. Matilde se obliga

a pensar en su familia, eso adormece el dolor ronco de su alma; allí, en ese rancho, habían habitado su madre Estela, su padre Segundo y su hermano mayor Pancho, y esa era toda su familia. En medio de su inmensa pena busca aquellos recuerdos felices, vienen a su memoria esas fiestas familiares que para los Vera era todo un suceso, Navidades y Año Nuevo, y por sobre todo el Día de la Patria cuando instalaban una bandera en un asta al pórtico de la choza. Su madre hacía mistela para festejar, a la cual le decía con cierta picardía “agüita de palito”. De niños iban al pueblo a ver tocar la banda en la plaza, los niños de la escuela de un fundo lejano desfilaban por las calles, cantaban los niños del coro de la parroquia, el señor Alcalde pronunciaba su importante discurso anual, el presidente de los agricultores declamaba un poema con sentimiento llorado, versos que la octogenaria señorita Eduvigis Del Campo, prima de alguien importante, esperaba ansiosa a fin de sacar a relucir su pañuelo bordados durante el invierno con sus manitos artríticas; pero ahora que estaba crecida, no concurrían a estas celebraciones, su padre opinaba que era una pérdida de tiempo y en su pedazo de tierra nada de esto sucedía, solo bastaba la alegría, el cariño de su familia y el de Anselmo su novio. Él viajaba todos los días al pueblo, traía las últimas novedades, era ameno y dicharachero; escuchar hablar a Anselmo era como viajar a otro mundo, tenía tantas palabras lindas, que Matilde muchas veces se quedaba repitiéndolas una y otra vez aunque no supiera lo que significaban, por ejemplo, nunca le pidió que le explicara qué significaba la palabra “Jolgorio”, era una palabra tan bonita...

Volvió a la realidad pues parada allí en medio del polvoriento camino sintió un fuerte deseo de orinar, comenzó a buscar con discreción un lugar oculto donde hacerlo. Cuando salió detrás de un árbol cómplice, el hombre que llevaba la carreta ya había terminado de acomodar su carga y llamaba a que se subieran para continuar el viaje. El calor iba cediendo su paso a la tibia tarde. Se acomodó otra vez en el tablón y sus pensamientos se trasladaban desde lo incierto de su futuro a lo que fue su vida familiar, los recuerdos felices pasaban por su mente, pero aquella vivencia siniestra aún la hace

temblar. Intenta acordarse si apagó el fogón, pero no puede recordarlo, ahora, tampoco le interesa. Había sido feliz, había tenido la esperanza en sus manos, la esperanza de muchos campesinos como ellos; se había esforzado tanto por esto. Al salir de su rancho no se preocupó de revisar el granero, de ver si había sido descubierto aquello que seguramente había sido la causa de toda su amargura, se consolaba de esto pensando que solamente la fuerza de la ira y la desesperación la empujaron a salir arrancando.

Otra vez la marcha y los tumbos por el largo camino a Valparaíso, los hombres la miran de vez en cuando. ¿Será preocupación la mirada de estos hombres? ¿Tal vez están intrigados sobre su viaje? Quizás se enteraron de la noticia y ya se sabe en todo el pueblo. ¿Serán ideas suyas? La mente le juega malas pasadas a las gentes, ella sabe que no hay que confiar en nadie, eso lo aprendió de chiquitita, por lo que mira hacia otro lado para no enfrentar las miradas de estos extraños y que en su rostro no encuentren rastros de lo acontecido, debe hacer como si nada pasara, ella va a trabajar al puerto y punto. Silencio, pasar inadvertida, no hablar, enroscarse en sí misma, aunar en su alma el poder del secreto. No quiere pensar más en eso, entonces para calmar su espíritu, vuelve sus pensamientos hacia su madre, cuando al atardecer salía a recoger las gallinas con un tarro de maíz en la mano y un sonoro tiqui tiqui ti, las hacía venir y las encerraba en su gallinero, era una mujer trabajadora, luchadora por su familia, era tan linda, de cabello largo, negro y crespo, su cuerpo era redondo y acurrucador, sus manos tenían olor a leña y a pan recién horneado; su padre era un hombre sencillo, callado, conocedor de la tierra y las siembras, quien ocupaba todas las horas del día en procurar los medios económicos para su familia. Apretó sus ojos para ubicarse en el momento que estaba viviendo; al abrirlos, observó que el carretonero fumaba con parsimonia casi sacerdotal, el caminar de los bueyes marcaban un compás monótono y persistente que acumulan angustias cada vez más intensas, haciéndole parecer que hace una eternidad que viaja en la carreta, pero algo dentro de ella desea que el momento de llegar al puerto se siga retrasando, una tremenda incertidumbre la

agobia al pensar cómo abordará la ciudad, dónde irá, serán suficiente los siete pesos que tiene para encontrar un lugar dónde dormir y descansar. Se imagina al día siguiente caminando por las calles para encontrar un trabajo como doméstica, lavandera, cocinera o lo que fuera decente, y hacerlo todo de tal manera que le permita llegar al objetivo de su ira; esa idea casi la trastorna, tiene amarga la boca, le traspiran las manos y sigue aferrándose a la baranda de la carreta como queriendo encontrar un sostén ante su tremenda desolación.

El hombre gordo del poncho le ofreció un pedazo pan que sacó de su bolsón, Matilde lo rechazó con cortesía, no podía tragar ni siquiera la saliva, era tanta su desesperación que se hubiera bajado y corriendo llegaría nuevamente a Casablanca, de inmediato se responde que ya no tiene a nadie en su rancho, que el solo hecho de que sea llamada para ser interrogada, es un peligro para ella y para muchos otros. La embargan oscuros recuerdos que aun no puede creer y unas ganas tremendas de llorar, de gritar la amargura que lleva en su alma y no puede.

Ha anochecido, la oscuridad va inundando el paisaje, los pocos árboles del camino se han transformado en bultos oscuros y de aspecto triste, el camino sigue irregular, la tierra igual, a veces roja, otras café, las piedras, los desniveles, todo el paisaje es monótono y opaco, como ella. A pesar que el trote de los bueyes parecía lento, poco a poco alcanzaron a otras carretas que en caravana viajan todas juntas, las había divisado desde lejos, sus gentes, sus bultos que daban tumbos como si se fueran a desarmar, todos en marcha hacia Valparaíso.

Según lo que le había contado su hermano Pancho, Valparaíso era diferente, tenía numerosas casas enormes, como si las hubieran subido unas sobre otras, de dos o tres pisos, grandes y lujosas, donde vivía la gente rica, donde eran felices, pero también habían conventillos donde vivía el proletariado, ahí era terrible la vida. ¿Dónde llegaría ella esa noche? Lo más probable era que fuese a una casa modesta donde sus siete pesos alcanzaran para dormir.

¿Cuánto costarían los alimentos? Habría que esperar para saberlo. Y de nuevo se le apretó el corazón como si le hubiera dado una voltereta.

Otra vez la voz del carretero dio la orden de bajarse, pero esta vez para dormir a la vera del camino. ¿Dormir? Es decir, que quedaba mucho camino por recorrer, bueno se dijo, haré lo que los otros hacen. Después de todo, esto o lo otro que se dispusiera para el viaje le parecía indiferente a sus desgracias: el hombre que comía el pan lo hacía con tanta ansiedad que su goce le dolió. Se bajó y apoyada en la baranda de la carreta vomitó. A la orilla del camino, otras carretas estaban sin sus pasajeros, todos se habían acomodado para dormir, unos al lado de los otros, como piedras del camino. De la carreta en que iba, los hombres se bajaron, sacaron sus bultos y cobijas para abrigarse acomodándose en medio de las matas. Del bolsón rectangular que estaba en la carreta, el carretonero sacó un poncho, se acercó a Matilde y se lo puso sobre los hombros.

- Tome Matilde para que se abrigue.

Sorprendida lo recibió. ¿Cómo supo su nombre? Pero la calidez de su abrazo, la suavidad de su voz, el gesto de protección hacia ella le hicieron confiar, no preguntó nada y le dio las gracias asombrada por la dulce mirada de sus ojos dorados; nunca encontró ese acercamiento de ternura en la mirada de Anselmo, algo le dice que puede contar con este hombre bueno en estos momentos difíciles por los que está pasando. Se acomodó entre unas piedras y se dispuso a dormir, estaba cansada, el cuerpo adolorido como si un caballo la hubiera pateado; mas, la angustia la despertaba cada cierto tiempo con sobresaltos. Miraba el entorno, todos dormían, incluso los de las otras carretas que estaban cerca. No pudo más con su aleteo muscular, una vez el brazo, otras una pierna, se levantó para caminar un rato, de inmediato el carretonero también se levanto, en voz baja, con delicadeza de abuelo, le advirtió que era mejor dormir para amanecer bien. Volvió a acomodarse, el hombre la abrigó con la manta como quien abriga a un niño pequeño. Intentó dormir, se tapó la cabeza, pero de inmediato se destapó al sentir un intenso olor a sangre, metálico, intimidante, miró para todos lados y

no vio nada, olió la frazada, acercó su nariz a los antebrazos, a las manos, estaban limpias, era su mente que le estaba jugando una mala pasada. En su inconsciente y en el fondo del paladar se aloja la angustia olor a sangre que manchó la tierra de su rancho. ¿Dónde se esconden los culpables? El motivo ahora lo tiene claro, pero ¿quiénes fueron? Debería amanecer, pero no despunta el alba, intenta dormir pero no puede, quisiera acomodarse mejor, mas las piedras se lo impiden y no puede moverse del lugar en el que se encuentra ya que el carretonero puede despertarse por su culpa... el cansancio finalmente la vence.

Amanece, en el horizonte los primeros atisbos de luz iluminan el camino, el paisaje despierta, todas las carretas se preparan para partir, los animales se sacuden lanzando sus babas a diestra y siniestra, se escuchan voces a lo lejos, los gritos de los otros carretoneros acomodando los bueyes a las yuntas y subiendo los enseres a las carretas, todo es rápido, se apuran unos a otros. Hay que partir pronto para llegar al puerto antes que termine el día. Matilde se sonroja al darse cuenta que ella es la única que aún duerme, ágil como conejo se levanta, toma la manta, la coloca en el bolso de la carreta, se acomoda su bulto y los siete pesos bien apretados al pecho.

-Siempre vamos todos juntos por si algo pasa, uno nunca sabe, por aquí los cuatrereros hacen de la suyas - quien así le habla es el hombre del poncho. Ya está lista la carreta con su cargamento y sus bueyes bien asegurados a la yunta, rápidamente suben sus tres ocupantes arriba de la carreta otra vez. El carretero azuza a sus bestias con una vara. “¡Vamos “Letra” – “Negra” andando!” y silba a sus animales apurando su andar: “¡Letra” – “Negra!”

La mañana se ha tornado anaranjada, como fruta madura, los árboles del camino se han transformado café claro y verdiamarillos. El sol esparce sus rayos con timidez de niño sobre la cima de los cerros, sol que por las mañanas es humilde y que a medida que transcurren las horas se va trastornando hasta hacerse esquizoide de tanto ardor. Al borde del camino, uno que otro árbol manchado de florcitas blancas o amarillas que alegran el paisaje. Los hombres de la carreta se abrigan con los ponchos, Matilde se ha cubierto la

cabeza con el rebozo, el sol matinal no le calienta ni el cuerpo ni el alma. Han comenzado a bajar una cuesta y otra vez los tumbos, balanceos de un camino barrancoso, serpenteante, desbocado. Carretas y bueyes se estremecen, tiemblan, se agitan enfebrecidos de temor. Todas las carretas van en fila hacia el puerto de Valparaíso cuidándose unas a otras de bandoleros, piedras y baches traicioneros.